

PANEL FRONTERAS MÓVILES: ESPAÑOL, PORTUGUÉS, PORTUÑOL

La frontera norte en el imaginario cultural



ROSARIO PEYROU¹

En este año del bicentenario y en ocasión de hablar de «fronteras móviles» parece oportuno empezar recordando algunas características del vínculo de nuestra cultura con el Brasil. Como un convidado de piedra en la historia uruguaya, el Brasil es parte de nuestra mala conciencia nacional. Tenemos una relación ambivalente con ese país enorme y avasallante: una relación atravesada de contradicciones, de atracción y rechazo, de temor y desconfianzas. Desde la fundación por Portugal de Colonia del Sacramento en 1680 para establecer un mojón fronterizo en su enfrentamiento de límites coloniales con España, la intervención lusobrasileña implicó injerencias y desbordes. Tuvimos ocupación portuguesa y ocupación brasileña. Etapa que no queremos recordar, la Cisplatina emerge en la Historia nacional como un período de retroceso y de decadencia moral, de luchas pero también de colaboracionismos y traiciones —recibimientos bajo palio y Te Deums en la Catedral— de élites dirigentes y figuras nacionales, en partes equivalentes. Estuvo también la anexión por Brasil del territorio de las Misiones, y luego la alianza del gobierno brasileño con el General Venancio Flores, levantado contra la autoridad legítima del presidente

1 Egresada del Instituto de Profesores Artigas (Sección Literatura), Licenciada en Letras por la Universidad Central de Barcelona. Durazno 1104 ap. 601. rospey@adinet.com.uy

Berro, y responsable de la masacre de Paysandú. Y eso sería el preludio de la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, seguramente el episodio más vergonzante de nuestra historia.

Amenaza y mala conciencia, el Brasil estuvo pudorosamente ausente del imaginario oficial, que prefirió mirar durante la etapa de la modernización a las metrópolis europeas, despegándose en lo posible de aquel pasado violento y «bárbaro» y de todo lo que recordara al país su «destino sudamericano», como dice Borges.

Hubo quienes, sin embargo, se interesaron por la riquísima cultura del Brasil. Pablo Rocca estudió con minucia el tema de las relaciones culturales entre las élites intelectuales de Uruguay y Brasil en su imprescindible Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil: Dos caras de un proyecto latinoamericano. Allí, después de historiar esfuerzos hechos por las vanguardias de los años 20 y por ciertas figuras individuales, se detiene en lo que significó *Marcha* para la divulgación de la literatura brasileña. Rodríguez Monegal había vivido sus años de adolescencia en Río de Janeiro y tenía un interés genuino por lo que sucedía en ese país continente. Ángel Rama, que había crecido en el latinoamericanismo de don Carlos Quijano, tuvo, a su vez, una razón más abarcativa: la de tomar la cultura latinoamericana en su conjunto sin excluir a la zona de lengua portuguesa. Dos personalidades brasileras jugaron a su vez un papel fundamental en ese acercamiento a la cultura y el pensamiento del Brasil: el antropólogo Darcy Ribeiro, exiliado en Montevideo a raíz del golpe de estado de 1964 contra el gobierno de Joao Goulart, que tuvo una participación muy activa tanto en la Universidad como en *Marcha* y en proyectos editoriales junto a Rama. Y el crítico y ensayista Antonio Candido, quien además de acercar un panorama enriquecedor de la literatura de su país, ejercerá una importante influencia en el pensamiento teórico de Rama, que atenderá con especial dedicación desde ese momento, a lo que se producía en el Brasil. A esto debe sumarse, sobre todo desde de la década del sesenta, la influencia de la música, con el impacto rítmico de la bossa nova, difundida desde temprano en el Uruguay por Vinicius de Moraes, entonces diplomático en Montevideo, y que supo recoger un músico tan clave como Eduardo Mатеo, por ejemplo.

Pero desde mucho antes aún de la conformación de nuestra nacionalidad hubo un intercambio inevitable, ignorado por demasiado tiempo, a

través de las fronteras, que no fueron solo límites, sino puentes, territorios compartidos. Hay que recordar que en el Primer Censo Nacional de 1860 la población del país alcanzaba los 200.000 habitantes, de los cuales 40.000 eran brasileños que vivían en la zona nordeste del territorio uruguayo.

Doble movimiento entonces: a la labor de un puñado de artistas, de músicos e intelectuales que efectivamente atendieron a la diversa cultura del Brasil, correspondió un proceso mucho menos visible, pero más antiguo y poderoso, que podría llamarse de neoculturación o hibridación cultural: el de la conformación de una cultura regional de la frontera. Se sabe que los límites políticos en América Latina no necesariamente coinciden con las delimitaciones culturales, y que por encima del mapa político existe otro que tiene que ver con las tradiciones, las conformaciones étnicas, los usos y costumbres y las actividades económicas. En este segundo mapa, dice Ángel Rama, —basándose en las clasificaciones de Darcy Ribeiro— el estado de Rio Grande do Sul muestra vínculos mayores con el Uruguay o la región pampeana argentina que con Matto Grosso o el nordeste de su propio país. Pero esto sucede también en un país de dimensiones tanto más reducidas como el Uruguay, que tampoco tiene la homogeneidad que la mitología nacional le adjudicó.

Es interesante observar en qué medida la cultura de la modernización —y en eso fue factor fundamental la escuela pública— ante la necesidad de generar un sentimiento de nación en un país en cierta forma «inventado» por la geopolítica internacional, insistió en la difusión de un imaginario que veía al Uruguay como un territorio homogéneo, integrado y armónico, desconociendo, o negando, peculiaridades étnicas, lingüísticas y culturales.

La última dictadura, que derribó tantos mitos nacionales —el de la Suiza de América, el de la democracia ejemplar respetuosa de los derechos de las minorías, el del ejército civilista— puso en cuestión también, sin proponérselo, ese imaginario «integrado» que sustentaba nuestro propio espejo de nación. Así asomaron después del restablecimiento democrático obras que reflejaban la existencia de subculturas como la de los afrodescendientes, o las de inmigrantes de orígenes minoritarios, o tomaban el tema de la ascendencia indígena, después del largo silencio que mereció en el Uruguay la masacre de Salsipuedes y que el *Bernabé*, *Bernabé* de Tomás de Mattos se ocupó de recordar.

Con la aceptación de nuestra diversidad se empieza a despertar la atención hacia las fronteras, vistas ahora no como muros de contención, sino como pasajes de intercambio y de conformación de identidades específicas.

Por otra parte, la globalización también contribuyó en ese sentido, ya que tuvo como consecuencia paradójica, junto a la difusión de las nuevas tecnologías de la comunicación que tendieron a uniformizar el planeta, una reacción de afirmación de las culturas locales, lo que ha sucedido en el mundo entero, con resultados positivos para frenar la desaparición de formas distintas de ver el mundo, y muchas veces consecuencias negativas, como todos hemos visto en los enfrentamientos étnicos de Europa del Este.

UNA NARRATIVA REGIONAL

Lo cierto es que en las últimas décadas se empezó a observar a nivel de la producción artística la existencia de una «frontera móvil», una cultura regional que incluye nuestro norte, el sur del Brasil y la pampa argentina y que tiene formas lingüísticas peculiares. Uno de los más recientes y visibles síntomas de esa cultura regional es, en música, el movimiento que Jorge Drexler ha llamado «templadismo» y Víctor Ramil «estética del frío», que reúne a músicos uruguayos como el propio Drexler, brasileros como Paulinho Moska y Víctor Ramil, argentinos como Lisandro Aristimuño y Kevin Johansen. En literatura el fenómeno es más abarcativo, tiene raíces mucho más antiguas, y se manifiesta de formas diversas. Pero llama la atención que recién en 2008 se conociera en castellano un clásico riograndense como los *Cuentos Gauchescos* de João Simões Lopes Neto, publicado en 1912 y redescubierto por estas latitudes gracias a la edición de Banda Oriental. Un libro que toma, con una suerte de energía salvaje y un lenguaje popular salpicado de castellanismos, episodios de la Revolución de los farrapos (1835-1845) y la guerra del Paraguay (1864-1870), dos acontecimientos estrechamente ligados a nuestra historia. Un libro imprescindible para terminar de conformar el mapa de la literatura de ese período histórico. También le debemos a Banda Oriental el conocimiento de escritores riograndenses contemporáneos como Sergio Faraco, Aldyr García Schlee y Tabajara Ruas que han trabajado sobre esa frontera y esa historia común, como lo han hecho otros narradores uruguayos, desde Saúl Ibargoyen Islas a Mario Delgado Aparáin.

En esta ocasión quiero centrarme en dos textos narrativos, relativamente recientes, uno brasileiro y otro uruguayo, que se ambientan en el mundo fronterizo. Se trata de los relatos que componen *La venganza de la Diosma*, de Ignacio Olmedo (Trilce, 2004) y la novela *Persecución y cerco de Juvêncio Gutierrez* de Tabajara Ruas (publicado en Brasil en 1995 y traducido por Pablo Rocca y Heber Raviolo para Banda Oriental, en 1997).

Nacido en Artigas, en 1927, Ignacio Olmedo sitúa las historias de su libro en una frontera a la vez real y mítica que se extiende en ambas márgenes del río Cuareim y se expande a un amplio territorio que incluye Bella Unión, Uruguaiana, Alegrete, Paso de los Libres y Livramento. En textos relativamente autónomos, el libro remite a un mundo primitivo y violento, el de las primeras décadas del siglo pasado, donde la frontera es una indiferenciada tierra de nadie donde no hay más ley que la del instinto y las pasiones. Deformadas por la fantasía popular y el paso del tiempo, estas historias están contadas con una eficaz transposición literaria de la oralidad fronteriza. En una línea que podría recordar a la de Mario Arregui por su voluntaria lejanía del costumbrismo y por el uso acerado de un instrumental técnico moderno para narrar sucesos del mundo rural, Olmedo —como lo había hecho Saúl Ibargoyen en los cuentos de *Fronteras de Joaquim Coluna* y en la novela *Toda la tierra*— hace un aporte significativo en el plano del lenguaje. Utiliza un español que en ocasiones acude a palabras en portugués, pero que sobre todo, es una forma transculturada de la sintaxis de este lado de la frontera. «¿Así que querés saber del Hilario? —dice un personaje— ¿Cuándo te dejarás de amolar mexendo tiempos que no son los tuyos y revolviendo memorias de gente que no conociste?» (Olmedo, 2004, 29)

En un procedimiento inverso al de Olmedo, el libro de Tabajara Ruas utiliza el portugués de Rio Grande, que integra con naturalidad palabras y hasta frases en español. Nacido en Uruguaiana, en 1942, Tabajara Ruas es autor de varias novelas entre las que se encuentran *Os varoes assinalados*, *Netto pierde su alma* y *La cabeza de Gumersindo Saravia*, ambientadas, como en los cuentos de Lopes Neto, en la frontera uruguayo brasileña en tiempos de revoluciones. Ruas es director cinematográfico y durante la dictadura militar de su país se exilió en Argentina y Chile. Me interesa especialmente *Cerco y persecución de Juvêncio Gutierrez* porque creo que es su obra mayor y uno de los libros imprescindibles escritos en Brasil en

los últimos veinte años. La geografía de este libro notable coincide casi totalmente con el de Olmedo, aunque el tiempo evocado y el mundo imaginario sean otros: *Cerco y persecución* ... transcurre principalmente en la ciudad de Uruguaiana, pero la acción se desplaza en ocasiones a Porto Alegre, Paso de los Libres en Argentina, Paso de los Toros y Bella Unión en Uruguay. Es una novela de iniciación adolescente y cuenta —con impecable maestría técnica— una historia que transcurre en un solo día y que marcará la entrada del joven narrador a la edad adulta: el día en que su tío, el contrabandista perseguido Juvêncio Gutierrez, vuelve a Uruguaiana desde su exilio del otro lado de la frontera, y es cercado por la policía y muerto a tiros. La historia, que tensa un drama que esconde secretos de familia y construye un puñado de personajes singulares, es vista a través de los ojos del adolescente que sueña con ese ancho mundo que trae el tren de Paso de los Libres y que está más allá del puente sobre el río Uruguay. Ciudadano de esa geografía fronteriza, el adolescente guarda en su cuarto un póster de Peñarol, su madre lee la revista argentina *El Hogar* y en su casa consumen vino de Bella Unión y queso de Paso de los Libres. Pero sobre todo es por su sensibilidad de habitante de una ciudad de provincias, necesitado de entender el mundo y asumir su propia identidad, por lo que su peripecia es tan universal y a la vez nos resulta tan cercana. Junto a su pasión por el cine, el personaje alimenta una curiosidad recién inaugurada con la lectura de novelas de aventuras, pero también lee *Los alimentos terrestres* de André Gide (un texto cuya presencia en el relato ilumina la historia del tío y de la madre) y *O tempo e o vento*, el clásico de Erico Verissimo, que en la novela pauta la relación del narrador —hijo de un librero culto, melómano y comunista— con el imaginario regional y su circunstancia más próxima. Así lo cuenta Ruas, en un pasaje que es a la vez un elogio del poder de la literatura sobre la imaginación y un homenaje a Verissimo (vale recordar que Tabajara Ruas es el guionista de la versión cinematográfica de la novela de Erico Verissimo dirigida por Jaime Monjardim):

«Abrí el libro al azar y comencé a leer: *Nadie sabía con certeza cómo el capitán Rodrigo Cambará había entrado en la vida de Santa Fe*. El adolescente sentado en el portal leía sin parar aventuras de Rocambole, Scaramouche, Los Tres Mosqueteros, aventuras que se desarrollaban en países distantes,

en castillos de puentes levadizos, en calles laberínticas, en campos de batalla trémulos de estandartes coloridos. El mundo de la aventura y de la imaginación era privilegio de esos países, cuyos nombres sonaban como promesas de un placer raro y elegante, vedado al acontecer cotidiano de la pequeña ciudad junto al río. Pero el poder del artista ya le había insuflado vida al capitán Rodrigo Cambará. El capitán surgía entre nubes de humo y pólvora, embistiendo contra los cañones enemigos, arrebatándoles banderas. Allí, aquel sábado después del almuerzo, en el portal de la casa, calentado por el sol de primavera, el adolescente oyó ruido de patas de caballo y levantó sus ojos de la página que leía. El jinete venía por el medio de la calle de tierra, al trote, silencioso y solitario, imponente en el poncho negro, sombrero con barboquejo, rebenque colgando de la muñeca. El caballo subía y bajaba la cabeza inquieta, las crines relampagueaban. El jinete pasó frente al muchacho, se tocó el ala del sombrero con dos dedos y se fue alejando con el mismo trote cadencioso, como una aparición, o como si hubiera salido de las páginas del libro.» (Ruas, 1997, 36-37)

DOS POETAS

Esa mixtura de lenguajes y sensibilidades existe también en el campo de la poesía uruguaya. Un poeta como Washington Benavides, oriundo de Tacuarembó y profundo conocedor de la literatura de Brasil, ha integrado a una zona de su obra el mundo familiar de la frontera, además de dar a conocer a dos generaciones de poetas y escritores el rico legado de la poesía brasilera. No ha escrito, en cambio, directamente en portugués. Distinto es el caso de Alfredo Fressia, residente desde 1976 en São Paulo, autor de un libro que se llama significativamente *Frontera móvil* y que compuso uno de sus libros, *Rua Aurora*, en la lengua del Brasil.

Hoy, como en el caso de la narrativa, quiero acercar el foco al mundo de la frontera y elegí para eso a dos poetas uruguayos de generaciones distintas nacidos en el norte: Elder Silva y Fabián Severo.

Oriundo de Pueblo Lavalleja, en el límite entre Salto y Artigas, nacido en 1956, Elder Silva es otro caso de transculturación literaria, a través de una cosmovisión anclada en su circunstancia norteña y expresada con una dicción poética contemporánea. Cercano a la estética de un poeta como

Ferreira Gullar, Silva conoce bien la poesía de Brasil, y una amplia zona de su obra refleja esa familiaridad. En su libro *La frontera será como un tenue campo de manzanillas* (Premio Luis Ferial, de la Universidad de Tenerife, España) publicado en 2007, tiene una sección entera escrita en portugués y varios poemas que combinan ambas lenguas, en un híbrido que no es portuñol, pero que acusa la facilidad del pasaje entre una y otra: «*Louvado seja meu pai./ (Louvado seja nesta terça feira de novembro/ sem ele, sem seu olhar.)/ Louvados sejam meus avos Sabino Vicente,/ a Mariazinha,/ a donna Palmira sempre de preto,/ encomendándose al más allá/ todas las mañanas/ de los últimos años de su vida (...)*»

DE PASO EN PUEBLO LAVALLEJA

Elder Silva

En el almacén de Carlitos García
bebo un vaso de vino con unos troperos
que llevan novillos para Itapebí
y un par de viejos que aún resisten
entre las arboledas de este pueblo.

Hablamos de carreras de caballos,
de gente muerta cuando el ómnibus cayó
en el río.

(Athos García camina con parsimonia
entre botellas empolvadas.
Coco Soria, mi padre, se recuesta al mostrador,
que se va llenando de ese suavísimo humo
de la memoria).

Alguien pregunta por la salud de Eleodoro,
por la casita que estaba construyendo el hijo de
Artave
al lado de la ruta.

Cuando subo al ómnibus que me lleva de
nuevo a Salto,
pienso por primera vez, que jamás me he ido
de este pueblo:
Conheço meu lugar.

El caso del más joven Fabián Severo es especialmente interesante. Nacido en Artigas en 1981, publica en 2010 su primer libro, *Noite nu Norte*, escrito enteramente en portuñol, ese dialecto del portugués hablado en la frontera con Brasil. Los antecedentes de esta práctica en poesía escrita son escasos. Recuerdo textos de un libro del riverense Agustín R. Bisio (1894-1952), *Brindis agreste*, publicado en 1947, otros de *La sombra de los plátanos* de Olyntho Maria Simoes (1901-1966), y algunas letras de canciones.

Conviene recordar que el portuñol no es el resultado de la influencia de la lengua portuguesa sobre el español, sino de la influencia del español desde fines del siglo XIX sobre el portugués original hablado en la zona. Y que, teniendo raíces más antiguas que nuestra existencia de país independiente recién empezó a ser reconocido como una modalidad lingüística particular a partir de los estudios de José Pedro Rona en 1959, continuados desde la década de 1970 por Elizaincín, Behares y Barrios de la Cátedra de Lingüística de la Facultad de Humanidades. Estos estudios debieron abrirse paso después de décadas de represión del uso del portuñol en las escuelas de la frontera.

El libro de Fabián Severo rompe muchos tabúes y es, sobre todo, un gesto de coraje al atreverse a hacer poesía en una modalidad dialectal no normatizada, atendiendo a la fonética y adaptando la ortografía —a veces vacilante— al lector de lengua castellana. Severo escribe su libro «*como un acto de amor a su lengua materna*» —como dice Luis Behares en el prólogo— un libro que habla del dolor de vivir en una lengua negada y despreciada. En *Noite nu norte* Severo esgrime su condición de extranjería con orgullo y conciencia de las dificultades del intento: «*Semo da frontera/ neim daquí neim dali/ no es nosso u suelo que pisamo/ neim a lingua que falamo*», dice, y «*Miña lingua le saca la lengua al dicionario/ baila um pagode ensima dus mapa/ y fas como a túnica y a moña/ uma cometa pra voar y solta pelu seu*». (Severo, 2010, 32)

Con su áspera belleza, el libro de Severo nos interpela. Recién en 2008 la nueva Ley de Educación reconoció la existencia de nuestra diversidad

lingüística y a texto expreso habla de «las diferentes lenguas maternas existentes en el país», lo que había sido hasta ahora sistemáticamente rechazado por el Estado uruguayo. En consecuencia, en 2009 Uruguay se integró a una propuesta iniciada por Argentina y Brasil, en el marco del Mercosur, que consiste en instalar Escuelas Interculturales Bilingües en uno y otro lado de la frontera. Es una experiencia incipiente, pero en el mismo sentido que la difusión de la literatura de la región, habría que saludarla como un intento de rehacer un espejo imaginario que nos refleje con más fidelidad y justicia.

TRINTICUATRO

Fabián Severo

Mi madre falava muy bien, yo entendía.

Fabi andá fase los deber, yo fasía.

Fabi traseme meio litro de leite, yo trasía.

Desí pra doña Cora que amañá le pago, yo disía.

Deya iso gurí y yo deiyava.

Mas mi maestra no entendía.

Mandava cartas en mi caderno,

todo con rojo (igualsito su cara) y asinava imbaiyo.

Mas mi madre no entendía.

Le iso pra mim hijo y yo leía.

Mas mi madre no entendía.

Qué fiseste meu fio, te dise que te portaras bien

y yo me portava.

A historia se repitió por muintos mes.

Mi maestra iscrevía mas mi madre no entendía.

Mi maestra iscrevía mas mi madre no entendía.

Intonses serto día mi madre entendió y dise:

Meu fio, tu terás que deiyá la iscuela

y yo deiyé. ♦

RESUMEN

Las invasiones de Portugal y del Brasil en el siglo XIX dejaron profundas huellas culturales en un amplio espacio fronterizo, pero a la vez alimentaron la desconfianza en los círculos de poder uruguayos frente a la amenazadora influencia brasileña. El mito del «país homogéneo» contribuyó a negar la existencia de esa cultura fronteriza, supuestamente «bárbara» y antimoderna. Esa negación incluyó la conformación de una política represiva en la enseñanza pública sobre el uso del «portuñol», la forma dialectal hablada en ese territorio.

La última dictadura, que derribó varios mitos nacionales, puso en cuestión también esa supuesta homogeneidad. Con la aceptación de nuestra diversidad, se empieza a despertar la atención hacia las fronteras, vistas ahora ya no como muros de contención, sino como pasajes de intercambio y de conformación de identidades específicas.

Este trabajo apunta a analizar el imaginario de la frontera en algunas obras literarias de uno y otro lado de los límites geográficos.

Descriptor: LITERATURA

SUMMARY

The portuguese and brazilian invasions during the nineteenth century left behind deep marks on a wide border area. At the same time they enhanced a strong warning in the uruguayan political level towards the menace of brazilian influence. A certain belief in a mythological concept of «homogeneous country» pushed the denial of that frontier culture, supposedly barbarian and antimodern. That denial enforced a prohibition of portuñol in public schools, in spite of the fact that the dialect is commonly used in the area.

The military government brought down several myths and also questioned that supposed homogeneity. As we start to accept our diversity, attention begins to be given to the borders. These areas are seen not as defensive walls but as interchange areas of specific identity.

This paper works out the imaginary of the frontier in some literary works of either side of the geographic border.

Keywords: LITERATURE

BIBLIOGRAFÍA

- DELGADO APARAÍN, M. *Causa de buena muerte*. Montevideo, Arca, 1982.
- *No robarás las botas de los muertos*. Montevideo, Alfaguara, 2002.
- ELIZAINCÍN, A. *Bilingüismo y problemas educativos en la frontera uruguaya brasileña*. Lima, Universidad Nacional de San Marcos, 1978.
- ELIZAINCÍN, A., BEHARES, L., BARRIOS, G. *Nos falemo brasileiro. Dialectos portugueses en Uruguay*. Montevideo, Amesur, 1987.
- OLMEDO, I. *La venganza de la Diosma*. Montevideo, Trilce, 2004.
- RAMA, Á. *Transculturación narrativa en América Latina*. México, Siglo XXI, 1982.
- ROCCA, P. *Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil: Dos caras de un proyecto latinoamericano*. Montevideo, Banda Oriental, 2006.
- RONA, J. P. *El dialecto «fronterizo» del Norte del Uruguay*. Montevideo, Universidad de la República, 1959.
- RUAS, T. *Persecución y cerco de Juvenio Gutiérrez*. Montevideo, Banda Oriental, 1998.
- SEVERO, F. *Noite nu Norte*. Montevideo, Del Rincón, 2010.
- SILVA, E. *La Frontera será como un tenue campo de manzanillas*. Montevideo, Cíviles Ilustrados, 2007.
- SIMOES LOPES NETO, J. *Cuentos gauchescos*. Montevideo, Banda Oriental, 2008.